

Josep Solanes y el exilio republicano: el espacio como frontera y el tiempo como bancarrota

Josep Solanes and the Republican exile: space as frontier and time as bankruptcy

Reseña de: Solanes, Josep, *En tierra ajena. Exilio y literatura desde la “Odisea” hasta “Molloy”*, Barcelona, Acantilado, 2016, 336 pp.

 JOSÉ CARLOS MUÑOZ CASTELLANOS
Universidad Rey Juan Carlos
josecarlos.munoz@urjc.es

Este libro, que vio la luz en 1980 como tesis doctoral por la Universidad de Toulouse-Le Mirail y fue traducido por primera vez al castellano en 1993, vuelve a ser editado en 2016 recogiendo el estudio al que el autor consagró toda su vida: el examen del exilio desde una perspectiva filosófica, fenomenológica, psicológica y literaria. Procedente de Pla de Santa María (Alt Camp, Tarragona), Solanes dejaría su patria, participando del exilio republicano de 1939, para pasar por Francia y acabar recayendo en Venezuela, donde desarrolló su carrera como psiquiatra y desde donde ya no regresó.

La obra, dividida en seis libros, aborda el estudio del exilio como experiencia radical del ser humano. En el primero se ocupa de las representaciones de la experiencia del destierro. Partiendo de la máxima orteguiana según la cual “siempre y esencialmente, vivir es existir fuera de sí, echado de sí, consignado a este que es otro. El hombre es por esencia extranjero, emigrado, exiliado”, Solanes reflexiona que el ser exiliado es una condición fundamental del ser humano. Y, por ello mismo, cualquier trabajo antropológico que se precie ha de iniciarse dando respuesta a en qué consiste exactamente ser un exiliado. Para ello acude a las representaciones que se ha hecho el hombre acerca del exilio, distinguiendo entre representaciones “fitomórficas” y “zoomórficas”.

En relación con las primeras habla de todas esas figuras retóricas que aluden al desterrado —palabra que, por cierto, ya presenta una notable alusión fitomórfica— empleando metáforas vegetales: desarraigo, marchitarse, trasplantar... Propone un ejemplo conocido por los historiadores: el de Carlyle, quien en su investigación



historiográfica se ocupó de la figura de John Sterling —amigo de cierto liberal español exiliado con tendencias revolucionarias llamado José María Torrijos—, el cual observaba a los liberales españoles exiliados en Inglaterra diciendo que continuamente “vegetaban” por Somers Town. De aquí pasa a las representaciones zoomórficas, apuntando la tendencia al gregarismo que parece experimentar todo exiliado. De nuevo le sirve el ejemplo de Somers Town; pero también bucea en la literatura, en los clásicos, y recoge como Dante avisaba de “los dos dolores del exilio”: el primero, el abandono del hogar, el segundo, tener que compartir destino con otros exiliados. Coincidiría en esto Unamuno cuando explicaba cáusticamente a un periodista: “A mí el dictador no me ha castigado con llevarme a Fuerteventura, a mí me ha condenado a vivir con Rodrigo Soriano”.

Sus reflexiones no se agotan aquí y prosigue con la identificación del exiliado y las aves, especialmente con el cisne, presente en versos de Baudelaire, Mallarmé y en el cuento de El patito feo de Hans Christian Andersen. Recurriendo a los planteamientos etológicos de Konrad Lorenz, se pregunta si sirven para explicar tanto la conducta del “pato-cisne” —que sigue insistentemente a la pata, aunque no sea su madre— y la de los exiliados, que acaso actúan, sientan y piensan de un determinado modo en el exilio por condicionantes puramente biológicos. Para señalar de inmediato que, por supuesto, los sociológicos también están presentes, y que la cuestión no es determinar qué porcentaje corresponde a cada uno, que el exilio “no es problema científico que resolver sino experiencia que vivir. Para nosotros será género de vida que hay que entender y dar a entender”.

En el libro II, significativamente titulado *Los nombres del exilio*, el autor estudia la multiplicidad de términos que existen para referirse al exiliado. Por ejemplo, Quiroga Pla y Unamuno preferían utilizar la voz “desterrado”; Ovidio era más partidario de “relegado”; El Cid, expulsado por Alfonso VI de Castilla, no era sino un “salido”, y muchos españoles que se vieron forzados a abandonar su hogar en 1939 se autodenominaron “peregrinos”, como revela una revista del exilio republicano en México que dio en llamarse *España Peregrina*. Los ejemplos no se detienen aquí, y el análisis se extiende a los significados de la voz exilio en otras lenguas, con especial relevancia del concepto exterminar, cuyo significado etimológico no es otro que “poner fuera del término”, muy próximo al significado que concedemos al exilio, al destierro. Pero Solanes nos advierte, en unas páginas que mantienen plena vigencia en la actualidad, de que muchos son los nombres que escoge el exiliado para referirse a sí mismo; pero uno sólo es el que se le reserva en los lugares de destino: el de “refugiado”.

Los libros III y IV se ocupan de la vivencia del exilio en relación con las dos variables fundamentales de la existencia: tiempo y espacio. El exilio se presenta como experiencia radicalmente espacial, ya que “se le percibe, se le experimenta, se le vive: se da en uno —dentro de uno— y al mismo tiempo afuera, en el nuevo espacio”. Solanes hace aquí gala de una erudición enciclopédica. Acude a la geografía, manejando la obra de autores de la talla de Vidal

de la Blache —el que de nuevo nos es conocido a los historiadores por las fecundas aportaciones que hizo su escuela a la primera generación de Annales—, Paul Claval, Dagognet..., y aborda la noción de “frontera” que, desde su enfoque fenomenológico, deja de ser objetiva para convertirse en un sentido, en unos límites y espacios subjetivos que el exiliado arrostra y ha de enfrentar, no pudiendo apartarse de la misma —nos dice—, y mucho menos franquearla. En cuanto al tiempo, el desterrado experimenta una sensación de “tiempo en bancarrota”. Un eminente exiliado, León Felipe, afirmaría que en el exilio “el calendario está muerto [...] el tiempo es redondo, sin ayer ni mañana”, mientras que Albert Camus en *El exilio y el reino* dirá sobre los días: “Distinguía apenas unos de otros, como si se licuase [...] El tiempo no era sino un chapoteo informe [...] largo día sin edad”. En este tiempo en bancarrota que presenta Solanes, el presente solo puede vivirse identificando el pasado con la nostalgia y el futuro con la esperanza. La nostalgia de lo perdido y la esperanza de recuperarlo algún día, estados que expone en unos términos que no me resisto a transcribir:

Las experiencias de la nostalgia y la esperanza, que se tienen precisamente por las más características del exilio, actúan bloqueando el tiempo, la nostalgia al retener su curso hacia el pasado, la esperanza al suspender el advenimiento del futuro.

Josep Solanes configura así, a través de estas reflexiones, los conceptos de “destiempo” y “desespacio” que, explica, no son otros nombres para referirse al Destierro, sino que actúan como elementos clave con los que poder hacer inteligible en qué consiste vivirlo.

En el libro V pasa a examinar a los desterrados, a los personajes, y tras entrar en una discusión acerca del carácter de los exiliados en función de su procedencia nacional, presenta la noción de “coriolanismo”. Es decir, la historia de aquellos exiliados que, como Coriolanis en la tragedia de Shakespeare, se vuelven contra la patria que los desterró. Apunta que, psicológicamente, cabe pensar que el exiliado se considera, en relación con su tierra, tratado injustamente: ha dado más de lo que ha recibido. Y esto nos lleva a una plétora de seguidores de Coriolanis a lo largo de la historia: el David de la Historia Sagrada, Temístocles, Alcibíades... Pero no todos lo fueron por la vía de las armas. Solanes termina recogiendo el coriolanismo sutil, inteligente, casi humorístico, de Cernuda, que en *Desolación de la quimera* (1962) escribía: “Si yo soy español, lo soy [...] más soy español sin ganas”.

También presenta, en este libro V, a aquellos exiliados que en el destierro alcanzaron el poder, la fama, el renombre, en lo que el autor denomina “personajes de la superación”. Recupera para ello la figura del José bíblico, y propone a modo de ejemplos personajes tan dispares como Kissinger, Hugo Grotius, Joseph de Maistre, Karl Marx...

Para llegar así al desenlace, al cierre, en un libro VI significativamente titulado *Resolución del exilio*. Pero, se pregunta un fascinado lector, ¿acaso puede resolverse el exilio después de todo lo dicho? Solanes comienza constatando la dificultad de, para alcanzar una síntesis, encontrar

la antítesis a la tesis que es el exilio. Es una palabra de difícil contrario, los antónimos se le escapan, aunque autores de la talla de Benedetti y Zambrano hayan propuesto términos, como “desexilio” y “des-exilio”, respectivamente. En este desexilio se incurre cuando se produce el retorno, el regreso, y Solanes se aviene a presentar una tipología del regreso: sangriento (Ulises), plácido (reina Victoria), melancólico (Víctor Hugo), tormentoso (Pérez Bonalde), penitencial (san Alejo) o el regreso del exilio de Fray Luis de León, que podríamos calificar de impertérito, cuando al retomar sus clases supuestamente dijo su célebre “Como decíamos ayer...”, que precisamente cierra la obra viniendo a entroncar con los conceptos de destiempo y desespacio que inciden en la vivencia del exiliado.

Estamos ante una obra que, en cuanto a su calidad filosófica, a su hondo examen existencialista, no me siento preparado para juzgar, más allá de subrayar que se encuentra llena de una accesible erudición y de estimulantes reflexiones. Ahora bien, para los historiadores a quienes nos interesa el exilio, y especialmente el exilio republicano del treinta y nueve, aporta un valioso caudal de información acerca de la experiencia de este fenómeno. Se trata además de un libro que huye de la rígida especialización para estudiar un tema tan serio como el exilio en toda su complejidad, desde múltiples puntos de vista y recurriendo a diversas disciplinas. Es, en fin, una obra de reflexión sobre la experiencia del exilio comparable a las realizadas por Albert Camus, María Zambrano o Claudio Guillén, entre otros. Si el objetivo de *Acantilado* al reeditar la obra era recuperar esta figura olvidada del exilio español del treinta y nueve, puede decirse que gracias al cuidado con el que se ha tratado el volumen y al meritorio estudio introductorio de Mònica Miró Vinaixa, el objetivo ha sido plenamente alcanzado.